

Barros Arana. La evolución de sus ideas

EL EFECTO más corriente al desaparecer alguna gran personalidad es quizás el apaciguamiento, el olvido de los rencores que ella provocara con su acción vigorosa; al borde de su tumba se producen casi siempre apaciguamientos y hasta reconciliaciones inesperadas. La muerte de Barros Arana no produjo, sin embargo, ese fenómeno consolador, sino que más bien provocó un renacimiento de las resistencias que en vida levantara su recia personalidad de luchador. En aquellos días gentes bondadosas —pero de grande exaltación religiosa— no dudaron ni por un instante de que Barros Arana se había ido directamente al Infierno. Recuerdo que cuando una vecina de él, que le veía todos los días y que le tenía gran cariño, dijo en una reunión social ¿qué será del pobre viejito?, otra señora, a pesar de estar yo presente, dijo con calor ¡vaya con tu pregunta! Estará en el Infierno, porque si él no va allá ¿quién va? Si tu querido viejito no está allá, el Infierno está vacío, el Infierno está de más...

Tan desconsolador pensamiento no era solamente de las personas de su mundo que le conocían, que habían convivido con él y que podían apreciarle; los hombres de la calle, que nunca le conocieron, ni supieron de sus actuaciones, ni podían juzgarle, pensaban lo mismo. He oído decir que en el Correo Central al darle un caballero la noticia de la muerte de Barros Arana, a un amigo, éste le contestó: "lo sabía por el olor a azufre que había esta mañana en toda la calle del Dieciocho", haciendo suponer que una Legión de Demonios, envuelta en la tradicional nube de azufre, había llegado hasta allá para llevárselo en el acto a los infiernos. ¡Cuán cierto es que las masas que no pueden ocultar su alegría en sus momentos de placer, no pueden tampoco ocultar su fastidio por los hombres que les molestan!

¿A qué se debía esta exaltación de los ánimos al morir un hombre de más de setenta y siete años que, a causa de su edad, estaba necesariamente retirado de toda acción? A nuestro juicio, Barros Arana despertaba esta exaltación, aun en el momento de su muerte, por su fama de anti-religioso, de ateo, de perseguidor de la Iglesia, y para muchos hasta de corruptor de la juventud, al pretender arrebatarse sus creencias religiosas. En esto, creo que era en lo que más insistían, en aquellos días, las gentes piadosas que pretendían juzgarle con serenidad. Conversando en aquel entonces, sobre esta materia, con un distinguido clérigo español me contestó más o menos lo siguiente: "Hace poco que estoy en Chile, por lo cual ni conocí a su tío ni puedo apreciarle, pero he oído que como educador *pretendió esparcir la incredulidad*, y quien pretende quitar a la moral sus fundamentos divinos y entregarla a la voluble conciencia de cada cual, hace un grave daño a la sociedad, socava los cimientos mismos de la nación. Es por eso, a mi juicio, que no solamente los creyentes, sino todos los patriotas, son hostiles a su tío".

¿Era realmente un ateo? ¿Perseguía en verdad toda creencia religiosa? ¿Era un enemigo encarnizado de la Iglesia? Son estos aspectos de su personalidad los que pretendemos esclarecer en este Ensayo. Para ello, seguiremos a grandes rasgos la historia de su vida, deteniéndonos solamente en sus actuaciones que puedan darnos luz sobre la materia.

Diego Barros Arana nació en Santiago de Chile el 16 de agosto de 1830, y fué el sexto hijo de Diego Antonio Barros Fernández de Leiva y de su primera mujer Martina Arana y Andonaegui. Al igual que todos los niños de la alta sociedad de Santiago de la primera mitad del siglo XIX fué educado en los dogmas de la Igle-

sia Católica, que le fueron inculcados con esmero y tenacidad, porque su padre y demás miembros de su familia eran católicos observantes y de la más estricta ortodoxia. Mi madre —Martina Barros Borgoño—, que de niña vivió en casa de su abuelo, relata en *Recuerdos de mi vida* algunas de las prácticas religiosas que se observaban en ese hogar. Dice, refiriéndose a su abuelo, que “tenía cierto aire sacerdotal...”, que muchas veces le vió “en el comedor, de pie junto a la cabecera de la mesa, repitiendo majestuosamente ciertas palabras, que debían ser de alguna jaculatoria, y bendiciendo la mesa antes de sentarse a comer; esta ceremonia mi abuelo la cumplía todos los días en las dos comidas principales...”.

Otro personaje igualmente ortodoxo y devoto era, según estos recuerdos, la tía Mercedes, hermana de don Diego Antonio. Era solterona y fué quien se hizo cargo de los hijos de su hermano y de su primera mujer, cuando ésta murió. Barros Arana la recordaba siempre con cariño y solía relatar los afanes piadosos de su tía. Como vivían relativamente cerca de San Agustín era devota del Santo, por lo cual tenía guardado en su casa todo lo concerniente a su altar. Cuando se acercaba el día de San Agustín llevaba hasta la iglesia “las vestiduras de gala del santo, en grandes bandejas que despedían fuerte olor a aluena, incienso y ollitas de las monjas. Luego, en la iglesia, hacía bajar el santo del altar mayor, lo despojaba de sus vestiduras corrientes y procedía a limpiarle la cara con aceite de nuez”. En muchas ocasiones agregaba que él mismo hacía parte de estas operaciones casi litúrgicas y ayudaba encantado a alzar la imagen, enorme y pesada, del santo hasta colocarla en el altar provisional, en el que se le seguía la novena.

Esta señora rezaba todos los días el rosario en compañía de las criadas y de los niños y se hacía leer, por uno de éstos, la vida de Jesús antes de almuerzo, el Año Cristiano antes de la cena y antes de dormir los Salmos de David. Barros Arana recordó toda su vida estas lecturas piadosas que tenía que efectuar a veces y oír todos los días.

Además, como por el frente de la casa pasaban con frecuencia grandes procesiones, llegaban a ella muchas gentes devotas, miembros del clero y algunas veces hasta el Arzobispo de Santiago. En resumen, la casa del padre de Barros Arana

era, como todas las grandes casas de Santiago de aquel entonces, un hogar esencialmente religioso, lleno de intenso espíritu devoto, y Barros Arana efectuaba, como todos los demás, todas las prácticas religiosas, a las cuales consideraba como cosas naturales que todo el mundo debía hacer.

El colegio es, sin duda alguna, uno de los grandes factores que informan el pensamiento del hombre; de allí el gran cuidado que ponen siempre todos los padres en la elección de aquél en que van a colocar a sus hijos.

¿Pudo el Instituto Nacional, en que permaneció durante diez años (1839-1849), introducir algún cambio en sus creencias religiosas? Creemos que no, porque ese establecimiento era entonces esencialmente católico y en el cual no soplaban, en modo alguno, brisas libertarias. Nadie podrá creer que los rectores de aquellos años: Manuel Montt, el Canónigo Francisco Puente, Antonio Varas y Francisco de Borja Solar pretendiesen quitar a los alumnos del establecimiento que dirigían, sus creencias religiosas, sino más bien robustecerlas e inspirarles sentimientos de veneración y respeto a la Iglesia y al Estado, inculcarles sumisión a todas las leyes, tanto divinas como humanas. Además, en aquellos años todos los alumnos estaban obligados a oír misa todos los días, a comulgar en todas las ocasiones de precepto, a tener todos los días meditaciones y rezos obligatorios. En estas materias el Instituto Nacional conservaba los mismos hábitos de los seminarios católicos.

Es verdad que en 1844 el Instituto Nacional fué conmovido fuertemente por la acusación judicial a Francisco Bilbao —alumno del establecimiento— por su publicación en el periódico *El Crepúsculo* de su sensacional artículo “Sociabilidad Chilena” que el Fiscal Máximo Mujica acusó ante el Jurado de Imprenta, que lo condenó “por blasfemo e inmoral” e hizo quemar por mano del verdugo. Pero Barros Arana, entonces de catorce años, no participó del entusiasmo y admiración de sus condiscípulos por Bilbao, que nunca fué objeto de sus predilecciones, quizás por la diferencia diametral de sus temperamentos. Esta ráfaga libertaria, que entonces pasó por el Instituto Nacional y que conmovió a tantos de los alumnos y hasta a algún profesor, no le impresionó, pues, para él, Bilbao era “una cabeza loca”, como lo repetía con frecuencia.

Podemos sostener, pues, sin temor a que

los hechos nos desmientan, que la educación proporcionada por el Instituto Nacional no varió en nada su modo de apreciar las disciplinas católicas en que había sido criado, y que hasta su retiro de allí para ir a reponerse de una ligera afección tuberculosa que se le declaró juntamente con su hermano José y que costó la vida a éste, continuaba siendo un perfecto creyente y observante de la Doctrina Católica.

Sin embargo, esta fe sencilla y sincera fué enfriando en él como en los demás hijos de ese hogar. Su hermano mayor, Manuel Barros Arana, al decir de su hija en sus recuerdos "haciendo contraste con el espíritu conservador y ortodoxo de mi abuelo, era muy liberal y me parece que un tanto descreído". Por lo demás, es corriente que la nueva generación se rebeló contra el modo de pensar de la anterior; se ha observado que el no creer como sus padres y maestros es para muchos casi una necesidad, pues parece que en esta disparidad de sentimientos creen ver algo como el sello de su propia personalidad, como la prueba incontrovertible de que ya no son ovejas guiadas, sino hombres destinados a conducir a los demás.

Con todo, en los tres años que median entre su salida del Instituto Nacional y la muerte de su padre y su matrimonio, no parece haberse ocupado de otra cosa que de leer libros de divulgación científica y de escribir Historia. De esos años son sus primeras obras literarias, que no dejan traslucir ni la menor variación en sus ideas fundamentales; todas ellas son crónicas muy bien documentadas en que narra con prolijidad y sin apasionamiento todo cuanto pudo conocer de las materias tratadas, pero sin pretender jamás el dar alguna explicación filosófica de los acontecimientos que narra, ni exponerlos con intención determinada.

En 1853, ya huérfano, contrae matrimonio con Rosalía Izquierdo Urmeneta, de reconocida tendencia liberal —en su casa se recibían extranjeros de calidad, en su mayoría protestantes cuando no librepensadores. Puede que esta nueva atmósfera intelectual de casa de sus suegros hiciese variar en algo la orientación general de sus ideas, que no se nota, sin embargo, ni en sus lecturas, ni en sus obras literarias.

Al año siguiente comienza a intervenir en política escribiendo con energía en contra de la administración Montt. En

esos años funda y dirige dos diarios de oposición. *El País*, que dura sólo cuatro meses, que dirigió, redactó y costó solo, y al año siguiente *La Actualidad*, en compañía de Ramón Sotomayor Valdés, Benjamín Vicuña Mackenna, Ramón Barros Luco, Rafael Vial. Además de estos políticos acudían cada noche a la tertulia del diario, que se efectuaba en la casa particular de Barros Arana, contigua a la imprenta, José Victorino Lastarria, Federico Errázuriz Zañartu, Joaquín y Guillermo Blest Gana, los hermanos Amunátegui, Manuel Antonio y Guillermo Matta, Domingo Santa María, Tomás, Custodio y Pedro León Gallo.

Todos ellos escribían o inspiraban los artículos del diario, pero ¡cosa curiosa! sólo se referían a política de actualidad, a críticas severas y hasta injustas de la Administración Montt, pero nunca tocaban problemas de alta política, de filosofía política, ni menos de religión. Al obtener el Gobierno Facultades Extraordinarias para mantener el orden, *La Actualidad*, como los demás diarios de oposición, desapareció y sus ardientes directores y colaboradores tuvieron que huir al extranjero para no ir a las cárceles. Barros Arana se dirigió a la República del Plata, en donde residía su hermana mayor, que no conocía.

Al emprender este viaje de expatriado (1859), posiblemente era un anticlerical, pero no tan ardiente como lo fué después, pero todavía era un creyente, aunque posiblemente frío e inobservante, no un indiferente, ni muchísimo menos un ateo. El hecho posible de que fuese un anticlerical no implica que fuese hostil a las doctrinas católicas, porque, aunque, como él decía con frecuencia: "El clero confunde con facilidad su causa con la de Dios", es corriente ver anticlericales esencialmente creyentes en la doctrina católica.

En los años de periodista también fué congresal, un diputado ilustrado, valiente opositor al Gobierno, de marcadas tendencias liberales en materias políticas y económicas, pero que no deja vislumbrar que sus ideas fundamentales, que sus creencias religiosas, hubiesen cambiado. Nadie podrá decir, estudiando sus discursos y actuaciones en el Congreso que el diputado Barros Arana era un descreído, un enemigo de la Iglesia. A lo más, podrá sostenerse, y con toda verdad, que era un católico inobservante —como muchos de sus colegas del Congreso—, con una fe muy tibia, pero no un encarnizado enemigo de la

Iglesia Católica y mucho menos de Dios. Por lo demás, no se destruye verdaderamente sino lo que se reemplaza y Barros Arana no tenía aún ninguna doctrina filosófica que pudiese reemplazar a las creencias católicas en que había sido educado y que informaron su niñez y los primeros años de su juventud.

Veamos ahora qué efecto produjo en sus creencias su primer viaje al extranjero.

En un principio se fué a la República del Plata, para conocer a su hermana mayor Juana, nacida en Buenos Aires durante la Reconquista de Chile por los Ejércitos del Rey, y que no salió jamás de la República Argentina. Residía entonces en Rosario, casada con un acaudalado comerciante español, Mariano Baudrix. El matrimonio era como la mayoría o casi unanimidad en aquellos años, esencialmente católico y observante, que educó a la familia en la más estricta ortodoxia. Los hermanos de su madre, los Arana, eran igualmente gente devota, algunos más tibios que otros, pero ninguno ni enemigo de la Iglesia, ni siquiera indiferente. No pudo, pues, su familia argentina influir en nada en el cambio de sus sentimientos religiosos, aunque influyó grandemente en la orientación de sus actividades diarias. El oír constantemente en la tertulia de sus tíos Arana el condenar sistemáticamente y sin piedad a todos los hombres del Gobierno, le hizo comprender que seguramente él también había cometido las mismas injusticias y caído en las mismas exageraciones al criticar la Administración Montt. Resuelve entonces dedicarse con ahinco al estudio de la historia del movimiento de la Independencia Americana. "De este modo, dice en carta a Manuel Antonio Tocornal, publicada por Ricardo Donoso, podré hacer a la Patria un servicio más verdadero que escribiendo artículos en contra del Gobierno de Montt." En cambio, no hemos encontrado carta ni documento alguno de esa época que pueda hacernos pensar que sus fervientes sentimientos religiosos hubiesen sido substituídos por sentimientos adversos o por ideas filosóficas contrarias.

Así, pues, al partir a Europa en la segunda mitad del año 1859 era, cual muchos chilenos y sudamericanos de entonces, un creyente tibio, inobservante, pero no un librepensador, ni menos un ateo.

Parece que el primer país que visitó en el viejo continente fué Inglaterra, pero

solamente por pocos meses, que empleó en perfeccionar su inglés, en anotar las confidencias que de sus campañas en América le hiciera el General O'Brien y en investigaciones históricas en The British Museum a que éste le presentara. Después permaneció algún tiempo en París, conociendo todo lo que podía conocer un extranjero sin cargo alguno diplomático, y perfeccionando su francés que, en contra de lo que él creía al partir de acá, era muy deficiente, tanto que no lo comprendía ni aun en los teatros y le era muy difícil, casi imposible, el hacerse entender. Poco después, en compañía de Vicuña Mackenna, se dirigió a España.

En la Madre Patria se hizo presentar e intimó con toda personalidad intelectual, especialmente con aquellos que simpatizaban con sus aficiones históricas, que le absorbieron casi en absoluto, especialmente durante su estada en Sevilla, en que casi no salió del Archivo de Indias. Durante toda su vida conservó gran simpatía por los grandes intelectuales de la Madre Patria, especialmente por los Hombres de Letras con los cuales intimara en los grandes Cafés Literarios de Madrid, que hasta el último recordara con especial cariño; pero no hay rastro alguno de que esas personalidades españolas le hiciesen variar en sus creencias.

La llegada a París de su mujer, acompañada del Ministro de Chile, Manuel Carvallo y de su ilustrada familia, le hizo regresar a la capital de Francia, en donde estableció casa con la intención de permanecer mucho tiempo.

Aquí sí que, a nuestro juicio, se inicia la evolución de sus ideas.

La vida de Francia le deslumbró desde el primer momento, especialmente le fascinó la gran cultura que en todo se imponía, especialmente en los hombres y mujeres que frecuentara. Otro con menos carácter que él quizás habría sufrido lo que ahora se llama "complejo de inferioridad", pero sólo sintió la necesidad de nivelarse, de ponerse a tono. La cosa no era sencilla, porque su cultura era muy escasa, ya que en el Instituto Nacional había aprendido muy poco —elementos de Humanidades deficientes y escasos— y sus estudios particulares en el campo habían sido sin método; lo que jamás iguala a la instrucción que se recibe en una buena Universidad; además, la gente con que tenía o le gustaba alternar era de lo más culto de Francia y Europa. De mozo había frecuentado

en Chile la vida mundana, pero en París no se incorporó al círculo en que se movían sus compatriotas y los sudamericanos, famoso por su fausto y dispendio, entre otras razones porque no disponía ya de dinero en abundancia, pues una breve y costosa dedicación a labores agrícolas, y su entusiasmo por la política y el periodismo de oposición habían mermado grandemente su fortuna. En cambio, estrechó relaciones con los franceses que había conocido en Chile, especialmente con M. Claude Gay, Miembro del Instituto de Francia y extensamente vinculado al mundo intelectual de Europa.

En el hogar de Gay conocieron los esposos Barros Arana a los hombres más eminentes de Francia, comenzando por todos los Miembros del Instituto, Maestros de la Sorbonne, de L'École Normale y a numerosos sabios europeos de reputación mundial que frecuentaban la mansión del Boulevard Bonne Nouvelle cuando estaban de paso en París. Para alternar con ellos, Barros Arana tenía que hacer prodigios, para lo cual felizmente podía descansar en su portentosa memoria, que le permitía no olvidar jamás lo que había estudiado o siquiera leído alguna vez. Conocía cuanto libro había oído elogiar, visitaba todo sitio interesante, especialmente los museos históricos y todos los grandes Museos de París y sus grandes bibliotecas; además, concurría siempre, y en primera fila, a toda conferencia de algún gran maestro francés o europeo de paso en París.

Tan poderoso esfuerzo por instruirse le llevó necesariamente al campo de la Filosofía que era, y fué siempre en él, deficiente. En el Instituto Nacional no le enseñaron nada de filosofía y tampoco había estudiado después, porque no sentía simpatía alguna por esa clase de estudios; puede decirse que tenía horror a la metafísica, a la que consideraba muy incierta, demasiado contenciosa y de una utilidad muy escasa.

En verdad, podemos figurarnos a Barros Arana leyendo, haciendo clases, escribiendo Historia, descifrando documentos, hasta hablando en el Congreso, pero difícilmente podemos representárnosle cavilando, dudando de todo hasta de la razón, jamás cavando en esas malsanas minas de mercurio, que son las profundidades metafísicas, porque ante todo era un hombre positivo, realista, pendiente siempre de los hechos, no un pensador entusiasta por las grandes ideologías; nó, no era un pensa-

dor, como no lo es nunca un gran lector, porque leer es, hasta cierto punto, pensar con cerebro ajeno, y él fué hasta el último día de su vida un gran lector.

Pero el medio en que vivía pudo más que él y tuvo que ocuparse de filosofía. La situación de su ánimo era propicia para un cambio total, porque sus ya enfriados sentimientos católicos no podían servirle de escudo contra los embates de nuevas escuelas filosóficas, tanto más cuanto que su catolicismo estaba únicamente basado en los sentimientos, no en la filosofía cristiana; había sido católico observante gracias a sus sentimientos, no por su razón; su religiosidad había sido la obra de su corazón, y no de su cerebro.

La mayoría de las gentes con que alternara en sus primeros meses de París era volteriana o librepensadora, lo cual, unido a su carácter burlón y a su creciente admiración por la ciencia, le hizo seguir las aguas del Maestro de Fernay; pero luego la vida alegre, con el alegre y liviano mundo de entre bastidores de la Comédie Française, que entonces llevara en la Ciudad Luz, le hicieron sobrepasar a su querido Maestro y se sintió, a lo que parece, un simple ateo que, como Horacio y sus amigos, profesaba con fruición el "carpe diem". ¡Cuántos en esta situación y a los treinta años han tenido sentimientos análogos!

Rara vez las reacciones llevan las cosas hasta el mismo sitio en que estaban antes, y cuando el cambio es en las ideas fundamentales que informan la vida del hombre, el retorno a los sentimientos e ideas primitivos es prácticamente imposible. Cuando Barros Arana, después de una breve temporada de irreflexión, se guió por la razón, no volvió a los sentimientos religiosos de su primera edad.

Hemos dicho que no era un sentimental, que nunca sintió simpatías por las ideologías —por brillantes y novedosas que fueran—, que era un espíritu realista, positivo, observador de los hechos; pero todo ser inteligente necesita una explicación del origen del mundo, de la vida, de su finalidad, por lo cual, a pesar de su ninguna inclinación por estas elucubraciones, se decidió a buscarla.

Sus nuevos, pero escasos conocimientos científicos hicieron su obra; la geología le hizo negar rotundamente la relativa juventud de la tierra, que se desprende de los relatos bíblicos; su biología rudimentaria, dudar de una creación intencional para

cada ser particular; sus exploraciones por el cielo, negar terminantemente el geocentrismo —que calificaba de absurdo— del Viejo Testamento; sus escasos conocimientos de química y de física, no consideramos como posible la transubstanciación. Cuando trataba de esto repetía que un conocido químico de la escuela de Berthelot había analizado —cuantitativamente y cualitativamente— el vino y la hostia antes y después de consagrados y que había encontrado ambos análisis absolutamente iguales. Ante este hecho, para él concluyente, se afirmaba en el consejo de Claude Bernard, que dice: “las teorías no tienen nunca el valor de un hecho bien establecido; y cuando alguna de éstas se encuentra en oposición con un hecho bien establecido, hay que aceptar el hecho y abandonar la teoría, aunque esté sostenida por grandes nombres y sea generalmente reverenciada”.

En resumen, su *dilettantismo* científico (entonces era sólo esto y no el hombre de ciencias que fué después) impidió, que una vez que pasó el vendaval de su corto ateísmo, volviese a las creencias católicas. Bacon ha dicho: “poca ciencia aleja de Dios, mucha ciencia acerca a Dios”. La primera parte de este vigoroso pensamiento se cumplió con Barros Arana, ¿se habría cumplido también la segunda si hubiese continuado, con su extraordinaria energía, profundizando en la ciencia de las ciencias, la Filosofía? Es imposible absolver esta pregunta, pero es tanta la fama de su incredulidad, que muchos considerarán absurda la interrogación y la casi totalidad la resolverá negativamente.

Abandonadas por entero y para siempre sus creencias del pasado, tuvo que buscar algo que las substituyera; su querido Maestro en esta misma emergencia se refugió en un vigoroso deísmo que le hizo escribir su discutido verso: *Si Dieux n'existaient pas il faudrait l'inventer*, pero Barros Arana prefirió refugiarse en el más completo escepticismo, negándose, en lo posible, a ocuparse de tales problemas.

Con todo, el mundo en que se movía pudo más que esta resolución mantenida, por un tiempo, con gran tenacidad. A mediados del siglo pasado imperaba, en el mundo intelectual de Francia, la descolante personalidad de Augusto Comte y su escuela filosófica positiva era seguida por el mundo más selecto de Europa y estudiada y discutida a fondo por los mayores pensadores. Barros Arana, a pesar del

estado de su ánimo, hubo también de ocuparse de ella, débilmente en un principio, y con entusiasmo luego que la conoció en sus líneas generales.

Una filosofía que se atiende únicamente a los hechos positivos, que prescinde en absoluto del origen y fin de todo, tenía que atraerle; si agregamos que esa escuela ensalzaba a la ciencia, que ya él tanto admiraba; que predicaba la necesidad urgente de la cultura general, que ya era su mayor anhelo, comprenderemos mejor cuanto fué la atracción de esta nueva filosofía. Conforme a sus hábitos comenzó por leer, y por consiguiente, a archivar en su prodigiosa memoria cuanto entonces se escribía sobre Positivismo, y a asistir a cuanta conferencia se daba en la Sorbonne y demás instituciones culturales de París sobre esta materia, y pronto fué uno de los más entusiastas admiradores de Comte y de la Filosofía Positiva.

Parece que al retirarse entusiasmado de una conferencia en que se había analizado y discutido a fondo la famosa Clasificación de las Ciencias, Barros Arana se comprometió consigo mismo a dedicar su vida a la cultura general y a difundirla por doquiera, especialmente en su querido Chile, al cual le hallaba el solo defecto de su incultura. Esta resolución fué para él algo así como el famoso Juramento del Monte Aventino de que habla la leyenda bolivariana; salvo que en éste el Libertador fué movido a dedicar su vida a la Libertad de América por la emoción que supo inspirarle su querido Maestro, mientras que Barros Arana tomó su serena resolución de dedicarse en absoluto a la difusión de la cultura en su Patria, inducido a ello por la razón, por esa Diosa a quién él siempre reverenciara, que fué siempre su Guía, porque él creía que si en el Cosmos hay algo divino es, sin duda, la Razón Humana.

Poco después de esta solemne promesa consigo mismo, las necesidades de la vida le obligaron a dejar ese centro de cultura no igualado en los tiempos modernos, que es París; a ese Cenáculo de Hombres eminentes de la hospitalaria casa del Boulevard Bonne Nouvelle y la paternal afabilidad del Jefe de ella, el siempre recordado M. Gay, para regresar a Chile, vía Panamá.

Este su primer viaje duró solamente dos años, pero le cambió totalmente el sentido de su vida. Su fe católica desapareció por completo y la reemplazó por la filo-

sofía positiva; su entusiasmo por las Letras cedió ante el amor por las Ciencias, y si conservó sus aficiones históricas —que sólo abandonó con la vida— fué porque ya para él la Historia es una Ciencia, es la Sociedad considerada en el tiempo; y porque le servía admirablemente en su nuevo propósito, el desarrollo intelectual, el cultivo intensivo —por medio de una ilustración sólida— de la mentalidad de sus conciudadanos.

Procuremos ahora investigar hasta dónde llegó este cambio en sus ideas y actividades.

Estimo que estoy en lo justo cuando sostengo que Barros Arana ni creía en Dios ni lo negaba, por cuanto no tenía pruebas inconcusas ni para lo uno ni para lo otro; que no era en modo alguno un ateo —como lo creen sus detractores—. Esto lo prueba bien a las claras el artículo en contra del ateísmo, extractado del Diccionario Filosófico de Voltaire, que insertó en el Manual de Composición Literaria que escribió, cuando era Rector del Instituto Nacional, para el uso de los alumnos del establecimiento; y también porque el ateo actual no es propiamente un espíritu realmente emancipado, sino, hasta cierto punto, un espíritu con marcado sello teológico, ya que tiene una explicación dogmática de la esencia de las cosas; pretende saber cómo han comenzado y sostiene que el Cosmos se produjo por el encuentro fortuito de átomos o por esa fuerza oculta que denomina *la naturaleza*; cosas todas que el espíritu positivo, enamorado de los hechos, de los hechos comprobados que Barros Arana no podía aceptar en modo alguno.

En sus conversaciones nunca aludía ni citaba a Dios, porque nunca introducía en sus disertaciones argumentos que no pudiese probar y para él estaba en tal situación la existencia de Dios. En los últimos días de su vida, hace cincuenta años, más o menos en los mismos días en que esto escribo, ocurrió conmigo un hecho que corrobora esta aseveración. Estaba en su dormitorio acompañándole al lado de su cama, en unión de su mujer y de su conuegra doña Luisa Blanco de Valdivieso cuando avisaron la visita de don Crescente Errázuriz, entonces solamente vicepárroco de la Vera Cruz. En el acto las dos señoras salieron para atenderle y me quedé solo con él. La intención de la visita del futuro Arzobispo de Santiago era manifiesta: obedecía al deseo de volverlo a la

fe de sus mayores, recordando juntos los años juveniles de sincero católico. Quizás por eso, aunque nada hablamos, quedamos ambos pensando en el juicio *post mortem* . . . Luego Barros Arana me dijo: "Si hay Dios, ¿por qué habla de castigarme? Siempre he procurado en mi vida hacer el bien, siempre he pretendido cumplir con mi deber . . ." No dijo más y continuamos en silencio hasta que alguien entró a la pieza. Creo que en esos momentos era perfectamente sincero, como lo fué siempre en su larga vida, y que de sus palabras se desprende bien claramente que no creía en la existencia de Dios, pero que tampoco negaba la posibilidad de su existencia; es decir, que era un perfecto escéptico. Eso es lo que creo que fué, en verdad, desde que dejó de ser católico, y que su escepticismo llegaba hasta no querer ocuparse de todo esto, a pesar de su importancia trascendental, de no pensar jamás, de procurar tenerlo en perpetuo olvido, porque lo consideraba como problema insoluble para la limitada capacidad del hombre.

Si no creía en la existencia de Dios, ¿creía acaso en la existencia del alma y en su inmortalidad? Me parece que no, que consideraba que semejante doctrina era sólo una invención común a muchas religiones, y también que era fomentada por algunos gobernantes, por estimarla como un medio muy eficaz para dominar a los pueblos, porque son muchos los que estiman que siempre se obtendrá más de una sociedad que cree en la existencia del alma y en su inmortalidad, que de una que no cree.

Quien duda de la existencia de Dios no puede creer en la divinidad de Jesucristo, y Barros Arana no creía en ella; pero, ¿creía, al menos, en su existencia humana?

En los años en que visitó Europa por primera vez no era ésta una pregunta sin importancia, porque había una escuela que sostenía que Jesús era solamente un mito. El principal sostenedor de esta tesis fué, en aquellos años, el alemán Strauss, cuyo libro *Examen crítico de la vida de Jesús*, traducido al francés por Littré, tuvo gran resonancia en toda Europa. Allí se sostiene que tanto la interpretación realista de los Evangelios como la interpretación sobrenatural de ellos no bastan para explicar la vida de Jesús, y que para entender su vida y sus hechos hay que considerarle como un mito. Además, éste no duda de que los cristianos han agregado al modesto predicador de Galilea todo

cuanto el pueblo judío esperaba del Mesías; y que despojando a Jesús de los atributos mesiánicos, queda muy poco o nada. Este libro y la escuela que le siguió tuvo gran éxito en el mundo intelectual en que Barros Arana se movía en París, pero, a pesar de esto y de haber sido traducido el libro de Strauss por el gran Littré, a quien estimaba sobremanera y consideraba como su Jefe espiritual y a quien conocía personalmente, no le convenció y siguió viendo en Jesús Nazareno, no al Hijo de Dios, sino a un Hombre extraordinario, que encarnó todas las virtudes humanas.

Digo que creta en la existencia de Jesucristo como hombre, porque así nos lo declaró categóricamente en una ocasión en la tertulia de su sobrino Manuel Barros Borgoño. En aquella ocasión el entonces joven poeta Diego Dublé Urrutia, con la vehemencia que le caracterizaba, refirió con detalles lo que acababa de leer sobre el Sudario de Cristo que la Casa de Saboya conservaba en Turín. En ese artículo se sostenía nada menos que dicha sábana contenía, entre sus pliegues, la única efigie auténtica de Cristo. Barros Arana le dijo luego que todo eso era muy poco científico y que no valía la pena de seguir ocupándose de ello. Pero el joven poeta no se dió por vencido y le preguntó: ¿esto quiere decir, don Diego, que Ud. es de los que no creen en la existencia humana de Cristo? No, le replicó en el acto Barros Arana, Cristo existió... Flavio Josefo lo recuerda en su conocido libro *Guerra Judía*... Para este positivista el hecho concreto de que un escritor no cristiano, un gran historiador judío, eminente y sabio, relatase la predicación de Jesús y le designase como el Mesías prometido, era una prueba irredargüible de la existencia de Jesús...

Como lo hemos dicho, consideraba a Jesús en cuanto Hombre con todos los atributos que en su niñez le habían enseñado y por tanto como un magnífico ejemplo que imitar. Imagino que con gusto habría visto, a continuación de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, una biografía de Cristo como hombre, desprovisto de toda creencia sobrenatural; esto era, por lo demás, muy corriente en Francia entre los grandes intelectuales, aun en Renan. Quizás por eso conservaba sobre el velador de su dormitorio de Santiago un magnífico ejemplar en francés de la *Imitación de Cristo*, con lujosas pastas de nácar y las

armas reales de Luis Felipe. Como dato curioso nos permitimos recordar aquí que Augusto Comte, cuando para escribir alguno de sus libros se sometía a lo que él llamaba *higiene mental* y se abstenía de toda lectura, conservaba a su lado un ejemplar de Dante y otro de la *Imitación de Cristo*.

El respeto de Cristo como Hombre no era en Barros Arana un sentimiento débil, un añejo recuerdo de infancia, no. Nunca, ni en sus momentos de mayor exaltación en contra de los clérigos (que los solía tener grandes) le oí nada irreverente en su contra y en cambio recuerdo muy bien —por la mucha impresión que me hizo— una reprimenda a Adriano Borgoño (su más asiduo comensal), por algo inconveniente que sobre Cristo dijo delante de él, en un momento de ligereza: "Para mí un hombre que voluntariamente afronta la muerte por sus ideales, merece mi estimación, mi mayor admiración, el más profundo respeto".

En la época en que permaneció en Europa era preocupación de muchas gentes el saber si las religiones en general contribuían o no al desarrollo y mejoramiento de las sociedades, porque si en algo contribuían era, sin duda, conveniente el fomentarlas, a pesar de no ser sino creencias y no verdad absoluta. Ante esta interrogación parte no despreciable de la sociedad europea creía que era perfectamente concebible que una religión, indefendible como verdad absoluta, fuese digna de amparo por los poderes públicos, dada la superioridad de la moral que predicaba, y que en ese caso se encontraban las principales religiones del Orbe.

Pero había también espíritus superiores que iban más lejos aún, que sostenían que sólo las religiones podían inculcar la moral en las masas, porque, según ellos, ninguna regla meramente humana podía penetrar hasta el fondo de las conciencias; que sólo una ley de origen divino y amparada por la Iglesia fundada e inspirada por esa divinidad, podía alcanzar éxito con la gente ignara. Víctor Cousin, en la Sorbonne y en L'Ecole Normale, sostenía con entusiasmo y brillo inigualados que "la filosofía jamás tendrá influencia, sino sobre las clases cultivadas y que la religión es necesaria al pueblo". Augusto Comte creía lo mismo y por eso fundó su Religión de la Humanidad, a fin de que diese amparo a su doctrina moral y pudiese así penetrar en las masas; y Renan soñaba

“con reformas futuras en las cuales la filosofía del cristianismo, libre de escorias supersticiosas y conservando, sin embargo, su eficacia moral, continuase siendo la grande escuela de la Humanidad y su guía en el porvenir”.

A pesar de ser éste el pensamiento dominante en Francia en los años en que la visitara, Barros Arana no participó en modo alguno de tal modo de pensar; al contrario, creía que todas las religiones, especialmente las tres mayores: el cristianismo, el islamismo y el judaísmo eran producto humano que habían tenido influencia grande y bienhechora en los momentos de su aparición, desarrollo y apogeo, pero que ahora, dado el desarrollo intelectual alcanzado por el mundo occidental, no prestaban utilidad práctica alguna, que eran como aquellas complicadas vestiduras con que las madres del mundo entero cubren a sus hijos y que éstos, llegados a la edad viril, tienen que abandonar, porque les dificulta la acción.

En cuanto a que la moral necesitase del apoyo de la religión, él lo negaba terminantemente y así lo declaró, en medio de una explosión de cólera, en una sesión del Congreso General de Enseñanza (1902). Dijo en aquella ocasión: “sólo acepto la moral independiente, que es la que he practicado durante toda mi vida; con la que he luchado ardientemente por mis ideas”. Lejos de creer que “la religión es el alma de la moral”, y por ende, ésta es divina, como enseñan todas las Iglesias, creía que la moral es una cosa esencialmente humana y social y que sólo en épocas relativamente próximas las Iglesias la han subido al cielo para luego bajárnosla revestida de autoridad divina. Creía que bastaba la razón humana para distinguir lo bueno de lo malo, para obligarnos a practicar el bien y abstenernos del mal.

Tales eran las ideas con que, a nuestro juicio, volvió de su primer viaje a Europa. En vez de sus juveniles creencias católicas que le acompañaron hasta esos “malditos treinta años, funesta edad de amargos desengaños” de que se quejara Espronceda, volvía convertido en un completo positivista, con ideas firmes, pero no agresivas, partidario entusiasta del libre pensamiento, del libre examen, lleno de incontenible amor por la ciencia y el progreso, admirador de los grandes hombres y de todo lo grande; sin inclinación alguna a investigar las causas primeras ni el fin de las cosas, deleitándose únicamente

con establecer los hechos y su interdependencia; seguro, en fin, de que esa cadena de relaciones cada vez más extendida es lo que constituye la ciencia positiva, y que el triunfo general de la ciencia será la fuente más segura para la felicidad y la moralidad máximas del Hombre.

Extrañará a muchos que un hombre tan amante del cultivo intelectual se conformase con tan frío escepticismo que no satisfizo ni al propio Comte; que un universitario tan ávido de saber limitase voluntariamente, a tan estrechos límites, el campo de sus investigaciones, pero así fué en realidad. Y esta resolución la mantuvo hasta el final de la vida, lo que prueba su gran carácter, porque nada es tan difícil como permanecer, por propia voluntad, en un campo cerrado y el no transgredir sus límites, aunque sólo sea por breves instantes, de mano de la fantasía que tantos encantos procura en todas las edades. ¿Quién no ha estado alguna vez en ese estado de ánimo en que es difícil el desear la tentación de creer en un mundo mejor al cual poder evadirse?

En sus años de Europa, Lamennais hizo aquéllas sus famosas preguntas que tanta repercusión tuvieron entre las gentes más cultas: “Joven, ¿de dónde vienes? Joven, ¿a dónde vas?” Es difícil concebir que Barros Arana no se repitiese alguna vez estas interrogaciones; pero, seguramente, las desechó de su mente por insolubles, por superiores a la inteligencia humana y se dedicó con todas las potencias de su alma ardiente al estudio de los fenómenos del orden físico, seguro de que la ciencia arranca cada día un jirón al misterio de lo desconocido y que, algún día, nos dará alguna clave, muy sencilla, que disipe tan espantable misterio.

Apenas regresa a la patria lo cogen de nuevo las pasiones políticas que le habían obligado a expatriarse y colabora con entusiasmo en el bullado folleto *Cuadro Histórico de la Administración Montt*. Fué éste un panfleto político que en aquellos días tuvo una resonancia extraordinaria, muy superior a su valer real, quizás por haberse publicado en secreto, sin nombre de autor, en una imprenta de Valparaíso y puesto en circulación en gran parte del país el mismo día en que el Presidente Montt entregaba el mando a su sucesor. En esta publicación Barros Arana trató y criticó duramente la obra educativa de la Administración saliente; los otros temas lo fueron por José Victo-

rino Lastarria, Domingo Santa María y Marcial González.

En esta colaboración exteriorizó sus dos grandes pasiones: su amor por la libertad, por la cual estaba dispuesto a sacrificarlo todo, incluso la vida, y su pasión por la cultura general.

También nos muestra en ella claramente que ya no es total sobre él la influencia de Augusto Comte, ya que no acepta en modo alguno que la unidad social y el progreso puedan alcanzarse —a falta de unidad de doctrina— por una dictadura temporal, como lo sostuvo Comte al elogiar el régimen de Napoleón III, cuando defendió *la dictadura empírica*, sin doctrina, destinada únicamente a la lucha en contra de la anarquía; ya que Barros Arana y los otros colaboradores del folleto atacan con toda energía —no a la tiranía, porque no la hubo— pero sí al gobierno duro que, so pretexto de combatir a la anarquía, usó constantemente de Facultades Extraordinarias que, en verdad, no se necesitaban. Es que ya en su pensamiento la brillante figura de Comte va eclipsándose ante la de Emilio Littré; ya está fascinado por éste con el solo enunciado de sus ideas —positivas siempre pero un tanto diversas—. Ya piensa en absoluto como Littré y con él defiende la inmutabilidad de las leyes naturales en contra de la teología que introduce intervenciones sobrenaturales; y asimismo un mundo especulativo limitado, en contra de la metafísica, que persigue lo infinito y lo absoluto. Y admira y aplaude entusiastamente a este pensador que, en artículos y conferencias, sostenía su mismo pensamiento, que tan hondo surco había labrado en su mente y en su vida: que las ciencias positivas eran la mejor seguridad para el desarrollo intelectual y la estabilidad social; que, al igual que él, consideraba que toda reforma social debe ir siempre precedida de un cambio en las ideas.

Por lo demás, su inmenso amor por la libertad se nota a primera vista en toda su obra literaria, tanto en su *Historia General de Chile*, como en sus estudios biográficos en que ensalza a los hombres de espada o de pensamiento que nos dieron patria y libertad; y, muy claramente, en sus actuaciones durante las revoluciones en tiempos de Montt y durante la de 1891. En realidad para él —como lo decía con frecuencia— la luz de la libertad será siempre el faro que guiará a la humani-

dad, aun en sus días más sombríos, sobre los más tormentosos mares.

La atracción de la política local felizmente dura poco, gracias a que el pacificador Gobierno del Presidente Pérez le designa Secretario General de la Universidad, por lo cual pudo dedicarse con todo entusiasmo a la intensificación del cultivo intelectual de Chile, tal como se lo había propuesto al salir entusiasmado de una conferencia en la Sorbonne sobre la clasificación de las ciencias y su importancia para servir de base a la sociología.

Desde el primer día se dedica a estudiar, con prolijidad, todo lo concerniente a la Universidad de Chile —que apenas contaba con quince años de existencia— a anotar sus leyes, decretos y ordenanzas; a conocer en detalle su obra en la cultura superior del país y su influencia no menor en los estudios secundarios, en los cursos de humanidades, de que tanto necesitará siempre una naciente democracia. Su prodigiosa memoria le permitió fácilmente salir airoso de esta tarea y dominar —como nadie en Chile— los propósitos y las realidades alcanzadas en tan breve tiempo por la naciente Universidad; y también, lo que para él fué de la mayor importancia, el conocer a fondo a todos los maestros universitarios, el poder apreciar sus obras y su acción didáctica, y así estar en situación de saber qué podía esperar la cultura intelectual chilena de ese selecto grupo de profesores.

Desempeñó este cargo hasta los primeros días del año 1863, en que fué nombrado Rector del Instituto Nacional.

Esta nueva designación tiene la mayor importancia para Barros Arana, con ella comienza la fase más interesante de su vida, pues, a nuestro juicio, el fué ante todo un gran educador, un gran maestro en el más amplio sentido de la palabra, que como tal valía más que como historiador, a pesar de la justificada fama que ha tenido y tiene. En realidad, tuvo vocación de educador, toda su vida la pasó enseñando, sentía un gusto especial por instruirse y en instruir a los demás, tenía la pasión de todos los conocimientos, y una capacidad intelectual siempre activa e incansable. Los innúmeros conocimientos que, andando el tiempo, llegó a poseer no estaban en él como los pergaminos en las viejas bibliotecas abaciales, olvidados y cubiertos de polvo, sino con intensa vida, en plena actividad y siempre al servicio de los demás.

Pero para este ensayo sobre la evolución de sus ideas, tiene además la importancia capital de que permite ver, claramente, todo su pensamiento filosófico. En verdad, con sólo observar, aunque someramente, su actuación como Rector y profesor, se ve en el acto su pensamiento positivista.

Apenas se hace cargo de su nuevo puesto efectúa reformas que, en realidad, se imponían, que cualquier otro pedagogo de verdad habría efectuado como "el atender no tanto el número de los ramos de enseñanza, cuanto a la perfección del método empleado"; como cambiar, por diversos profesores especializados, al profesor único, enciclopédico que tomaba al niño en la segunda de humanidades y lo educaba hasta la quinta, que hasta entonces imperaba en el Instituto Nacional y en todos los demás colegios de Chile.

Pero también se ocupa de cambiar los programas, los libros de estudio y, muy especialmente, el dar a cada materia la importancia que merece. Conforme a sus nuevas ideas da el primer puesto a las matemáticas, no descuida la astronomía —aunque para ello tenga que hacer ingentes gastos de su propio peculio— mejora el curso de física, y crea uno de química y otro de ciencias naturales, siguiendo así la misma clasificación de las ciencias de Comte. Sin perjuicio, bien entendido, de no descuidar ni la historia, ni las bellas letras.

Para muchos de estos cursos no había, ni en Chile ni en América, libros de estudio convenientes, por lo cual tuvo que encargarse su elaboración a algunos profesores y escribir él mismo los *Elementos de Geografía Física*, un curso completo de *Historia de América*, *Nociones de Historia Literaria* y un *Manual de Composición Literaria*, que han prestado servicios por muchos años y podrían seguirlos prestando con sólo ponerlos al día.

La enseñanza de las ciencias es su ocupación dominante y así lo exterioriza en todas las Memorias enviadas al Ministerio respectivo. En la de 1867 dice: "La enseñanza de las ciencias exactas y naturales se hace cada día de un modo más serio y provechoso... En estos estudios no importa tanto abarcar gran variedad de materias, como elegir los principios fundamentales de las ciencias... Los elementos de matemáticas, física, química, cosmografía e historia natural... dan a las ideas un curso claro y vigorosamente lógico que tiende a desarrollar a las in-

teligencias más vigorosas y a robustecer y a encaminar a las más débiles... tienden a ejercitar a los jóvenes en la observación y en el conocimiento práctico de los métodos experimentales".

En la Memoria del año siguiente vuelve sobre lo mismo y dice al Ministro: "Se ha cuidado de dar su verdadera importancia y su conveniente desarrollo a los ramos de las ciencias elementales que, como la química, la física, la cosmografía y la historia natural tienen por objeto no sólo presentar a los niños una explicación racional de los fenómenos que nos rodean, sino enseñarles los métodos más seguros de observación y el medio de fortalecer su inteligencia... Por eso he puesto todo el interés posible por ensanchar y dar mayor solidez a los estudios científicos..."

Como se ve, por los pequeñísimos extractos de las Memorias Anuales que me he permitido anotar, es difícil no advertir, en el acto, la influencia de Augusto Comte y de su Filosofía Positiva sobre el entusiasta y novel Rector del Instituto Nacional. El amor a las ciencias, la importancia relativa que da a cada una de ellas, el deseo ardiente de que los educandos se acostumbren a observar y a raciocinar al manejarse en la vida, en vez de reposar sobre la experiencia de los grandes sabios de la antigüedad —no siempre recordada en el momento oportuno— denotan bien a las claras tan benéfica influencia y que el rector sigue con convicción la Filosofía Positiva.

Este cambio en la dirección de la enseñanza del Instituto Nacional fué advertido luego por los padres de familia, que tenían allí a sus hijos y, sin apreciarlo correctamente, se alarmaron y sostuvieron que en el colegio se estaba dando ahora una educación antirreligiosa, que había en él muchos profesores protestantes y herejes y que su rector era el peor de todos porque era un ateo perseguidor de la Iglesia.

Semejante concepto, aunque como hemos visto era errado, fué, sin embargo, cundiendo y cundiendo como *il ventice-llo* de Don Basilio hasta que al fin, aprovechándose de un cambio de Gobierno y de política, sus enemigos —amparados por el Ministro de Instrucción Pública, Abdón Cifuentes— emprendieron gran campaña en su contra. Como no era fácil eliminar a un rector tan ilustrado que había hecho progresar extraordinariamente al establecimiento, había que buscar una posición que

contase con simpatías generales. El Ministro creyó hallarla y en realidad la encontró, en la libertad de enseñanza. Batiendo esa gran bandera, en un principio, tuvo de su lado a muchos elementos liberales y aun de avanzada, que tardaron en darse cuenta de la maniobra, mas no así a Barros Arana, a los Amunátegui y a un grupo de amigos que, desde el primer momento, comprendieron las intenciones del Ministro y sostuvieron, con toda energía, "el Estado Docente" como una necesidad ineludible en toda democracia. La contienda fué dura y prolongada, pero el final no podía ser dudoso. En un conflicto entre un Ministro omnipotente, como lo era en esos momentos el de Instrucción Pública, apoyado incondicionalmente por el Presidente de la República recién electo, y por la mayoría del Congreso, y un funcionario por muy culto, honesto y eficiente que fuera, tenía que caer arrollado este último, y así lo fué en realidad. El Ministro, por una serie de maniobras muy inteligentes, eliminó de la dirección del Instituto Nacional a Barros Arana, sin tener que llegar a la violencia de un decreto de destitución, en que no le habrían acompañado muchos de los hombres del Gobierno.

Así consiguieron eliminarlo de la dirección del Instituto Nacional, al cual había sacrificado diez años de su vida. Diez años en los que, como dice en su folleto *Mi Destitución*, introdujo: "importantes reformas en la enseñanza, empeñándome sobre todo en acabar de desterrar para siempre el aprendizaje de memoria y en buscar el desarrollo de la razón de los jóvenes alumnos, cuya educación se me había confiado. Para ello rehice o reformé, por mí mismo o por medio de profesores experimentados, casi todos los textos elementales que se empleaban en la enseñanza; introduje el estudio de ramos tan útiles como la historia natural, la física terrestre, la química y la historia literaria; amplié los programas de casi todos los ramos de estudio, y me empeñé por todos los medios de que podía disponer en despertar en la juventud el amor por el estudio y por la lectura seria".

Esta resolución del Gobierno de eliminar a tan activo y eficiente Rector de la dirección del primer establecimiento de enseñanza secundaria del país, produjo a su vez alarma pública y obligó, aunque tarde, a los elementos liberales a protestar enérgicamente. Se produce entonces una lucha ardiente, por ambos lados, en la

cual la figura principal es la del ex Rector del Instituto Nacional, en que discute con vehemencia toda su obra educadora, pero que, en el fondo, no es sino la eterna querrela entre el espíritu conservador y el liberal, entre los adoradores de la teología y los admiradores de la ciencia. De allí salió, para sus encarnizados adversarios y detractores, la recia personalidad de Barros Arana como la de un ateo vulgar, perseguidor de la Iglesia Católica, únicamente preocupado en arrancar de raíz, de la conciencia de la juventud, toda idea religiosa; y, en cambio, para sus amigos y admiradores, como lo que era: como un hombre de avanzada formado en la filosofía dominante en su época, y también muy principalmente como el portaestandarte del libre pensamiento, del libre examen, y como un convencido admirador de la moral independiente que practicara desde su primer viaje a Europa hasta el último instante de su vida.

Después de su salida del Instituto Nacional se dedicó a escribir, siempre con el ánimo de expandir la cultura intelectual, en diversas revistas literarias y científicas de Santiago, y en lo que se nota, una vez más, la influencia de Comte y su clasificación de las ciencias, a estudiar pacientemente astronomía.

Deseoso de que sus alumnos del Instituto Nacional pudiesen interesarse por esta ciencia, encargó a París, de su propio peculio, un buen telescopio y cartas del cielo que llegaron, como él decía, "cuando ya los clérigos se habían apoderado del Instituto" por lo cual no los regaló sino que los envió a su casaquinta de San Bernardo, en donde comenzó en el acto a utilizarlos. En breve tiempo se hizo un experto observador y pudo gozar de los encantos realmente infinitos que produce esa ciencia que, como dijo un brillante hombre de letras, "aun cuando no fuese tan absolutamente necesaria para la geografía, para la navegación y hasta para el culto divino, sería infinitamente digna de la curiosidad de todos los espíritus por el grande y soberbio espectáculo que ofrece".

Al estudiar astronomía no lo hizo como un simple *dilettante*, sino con criterio y hábitos científicos, de modo que en 1882, cuando por segunda vez en el siglo, pasó el planeta Venus por el Sol, pudo observar tan interesante acontecimiento astronómico como un especialista en la materia. La Memoria, que escribió después de su observación, fué llevada, como comple-

mento de los trabajos de su misión, por el Jefe de la Expedición Francesa venida a Chile a observar este fenómeno celeste, a la Academia de Ciencias de París. Poco después esta sabia Corporación lo designó Miembro de ella, le envió el Diploma correspondiente y de regalo una hermosa medalla de plata, acuñada ex profeso para conmemorar el paso de Venus por el Sol.

El delicioso agrado de esta vida dedicada al estudio del cielo y del movimiento intelectual europeo, fué bruscamente suspendido por el pedido del Gobierno de ir a Buenos Aires, al Uruguay y al Imperio del Brasil a desempeñar el cargo de Ministro Plenipotenciario. No nos ocuparemos en este ensayo de esta misión, ni tampoco de su corolario natural, el cargo de Perito en la Cuestión de Límites con la República Argentina, por no agregar nuevas luces sobre este tema, la evolución de sus ideas. Nos limitaremos sólo a decir, de paso, que durante su permanencia en Río de Janeiro tuvo el encanto, que no olvidó jamás, de moverse en una Corte y en una sociedad de entusiastas admiradores de la Filosofía Positiva. Como es sabido, es en el Brasil en donde ha alcanzado su mayor éxito, su más gran desarrollo esta filosofía; la bandera de la República ostenta un mote esencialmente positivista: Orden y Progreso, y en aquel entonces, desde el Emperador hasta el último paje de su Corte, tan intelectual como brillante, eran positivistas convencidos.

Desde Brasil se dirigió a París con la intención de permanecer, en ese gran centro de cultura, por largos años; desgraciadamente, tan noble propósito no pudo cumplirlo a causa del estallido de la guerra en contra del Perú y de Bolivia, que le decidió a regresar a la patria amenazada.

Este su segundo viaje a Francia tuvo para él un encanto especial, infinito a causa del debate que sobre instrucción pública desencadenó el Ministro del ramo, Jules Ferry.

Este Ministro pretendió eliminar de toda ingerencia en la educación francesa —tanto pública como privada— no solamente a la Iglesia Católica sino a toda tendencia religiosa. Con tal propósito envió al Congreso tres proyectos de ley que encontraron seria resistencia en el Senado y en la opinión pública de Francia y de Europa, pero que él hizo realidad.

Se pedía en ellos que no solamente se otorgase al Gobierno la más amplia autorización para dirigir la enseñanza prima-

ria, secundaria, superior y especial, sino también el monopolio absoluto de toda enseñanza y de la colación de grados.

El sólo enunciado de esta aspiración del Gobierno francés tenía que entusiasmar a quien, cuando era Rector del Instituto Nacional, para defenderse del Ministro Cifuentes y de su política de libertad de enseñanza, había sostenido la necesidad del Estado Docente, pero sin el monopolio de la educación.

En Chile, Barros Arana y el Estado Docente amplio, fueron vencidos, y ahora en la culta Francia, gracias a la energía de un Ministro muy hábil, de extraordinaria capacidad política, de gran cultivo intelectual y de reconocida grande elocuencia, veía al Estado Docente no sólo triunfante sino hasta con el monopolio de toda docencia. Esto tenía que entusiasmarle, porque era la aprobación, por el país más culto de la Europa, de su actitud como Rector del Instituto Nacional y la condeñación más absoluta de la tesis de los enemigos que le separaron de la dirección del Instituto Nacional y por ende de toda la enseñanza secundaria de su querida Patria.

No puede extrañarnos, pues, que asistiese a las sesiones de los cuerpos legislativos, que siguiese en todos sus detalles el curso de los animadísimos debates del Senado, que todo su ser vibrase con la excitación de los clubes políticos a que asistía alborozado, con los entusiastas artículos de la prensa francesa, que amparaba los propósitos del Gobierno y hasta con las reuniones y desfiles por las calles en que se repetía, a todo pulmón, el grito de guerra de Gambetta: "le cléricalisme, voilà l'ennemi".

En estos sus días de Francia, durante este segundo viaje, es realmente un anticlerical ardoroso, como no lo fué nunca en Chile; en estos días de entusiasmo delirante, creía sinceramente en que las doctrinas del *Syllabus* son enseñadas prolijamente en todos los colegios congregacionistas e inculcadas constantemente a la juventud que en ellos se educa; que allí se formaban las legiones de reaccionarios que pretenden acabar de raíz con todas las conquistas del espíritu, con toda tendencia a la libertad. En esas horas de entusiasmo delirante sí que creía que el mayor deber de esos momentos era el defender la independencia del espíritu humano en contra de la superstición y del *Syllabus*.

Pero este ardoroso libertario no perdía sus hábitos de benedictino y entre desfiles

y asambleas turbulentas se daba el tiempo para leer, estudiar e investigar, para ocuparse del incesante progreso de la ciencia, para tratar de ponerse al mismo nivel cultural de los grandes hombres con quienes ahora, como en su primer viaje, le gustaba alternar.

Para esto le fueron de importancia inapreciable las casas de su amigo y condiscípulo Alberto Blest Gana, entonces Ministro de Chile, del doctor Thévenot, gran cirujano que había conocido mucho en Chile mientras fué profesor en nuestra Escuela de Medicina; y, muy especialmente, la de Juan Gustavo Courcelle-Seneuil, Miembro del Consejo de Estado y luego del Instituto de Francia, de quien había sido muy íntimo cuando permaneció en Chile. En el hogar de Courcelle, solía decir con satisfacción, conocimos a lo más selecto de Francia y Europa, y recordaba a León Say, al joven Félix Faure —más tarde Presidente de Francia— y a Jules Simon, con quien parece que le encantaba conversar, a pesar de que en aquellos días era el alma en el Senado, en nombre de la filosofía liberal, de la resistencia en contra de la política monopolista de Ferry.

Como se ve a despecho de sus entusiasmos demagógicos, esta vez como en el viaje anterior, se movió en el mejor mundo intelectual. Por eso se vió obligado a conocer y a estudiar a fondo el pensamiento filosófico entonces dominante, lo que ¡cosa natural y obvia! tranquilizó su espíritu, en un principio exaltado hasta el lirismo, por la campaña educacional del Ministro Ferry.

En esa época el evolucionismo de Herbert Spencer es la doctrina de mayor influencia no solamente en Inglaterra sino en el mundo entero, y la que en conjunto con el transformismo de Darwin hizo variar —en muchos aspectos— la filosofía del siglo XIX.

El individualismo, que es el rasgo fundamental de Spencer, no lo aceptó. Ya hemos visto el entusiasmo con que participó en la campaña de Ferry por el monopolio de la enseñanza, cosa que indignaba a Spencer y a sus discípulos.

La famosa teoría metafísica de Spencer sobre lo incognoscible, que puede servir para reconciliar a la ciencia con la religión, le desagradaba en extremo, porque para él ciencia y religión era una antinomia; creía sinceramente que el hombre de ciencia no puede ser creyente integral y que el creyente no puede ser hombre de ciencia

completo. Era ésta una limitación de su espíritu de que no se libró nunca, ya que jamás se detuvo a considerar que raciocinar y sentir son dos cosas diversas.

En cambio, le atraía sobremanera su teoría evolucionista que sostiene que la materia pasa de una homogeneidad, indefinida e incoherente a una heterogeneidad, definida y coherente. No le parecía imposible, a la luz de esta teoría, que nuestro sistema solar con toda su heterogeneidad, que observaba constantemente, fuera sólo el resultado de una nebulosa homogénea, indefinida e incoherente que, por dispersión de su calor, había pasado a esa heterogeneidad, definida y coherente. Este progreso mecánico del cosmos le parecía una hipótesis que, si no era la verdadera, parecía acercarse a ella.

Más que el evolucionismo de Spencer parece que le atrajo el transformismo de Darwin. Estimaba que era cosa posible que el gran argumento en su contra, la invariabilidad de la especie, que con tanto calor sostienen algunos hombres de ciencia, no sea sino una ilusión debida a la lentitud de sus transformaciones; lentitud por lo demás relativa a nuestros medios limitados de apreciación, ya que el transformismo requiere un tiempo inmenso del cual el histórico es solamente una parte infinitesimal que los conocimientos, todavía escasos, de geología y paleontología parecen confirmar.

Tales eran, a mi juicio, en líneas generales, las principales ideas con que volvió de su segundo viaje a Europa; positivista siempre, pero albergando en su espíritu, como posibles, las teorías de Spencer y de Darwin.

En Santiago reanuda en el acto sus actividades de historiador y de educador, escribiendo la *Historia de la Guerra del Pacífico* y volviendo a sus clases del Instituto Nacional, y poco después al Decanato de Humanidades en nuestra Universidad.

Años después, como coronamiento de su intensa vida de educador, la Universidad de Chile le propuso como su Rector y el Gobierno le nombró en el acto, dando así testimonio de su gratitud por sus desvelos en favor del cultivo intelectual del país; cargo que desempeñó por un período legal de cuatro años.

En este nuevo cargo se preocupó principalmente de realizar algunas reformas que, como Decano de Humanidades, tenía preparadas con el fin de dar una mayor eficiencia a la instrucción secundaria del país.

Con ellas, como siempre, tendía a dar una importancia mayor al estudio de las ciencias; para lo cual cambió el método deductivo —que hasta entonces había imperado— por el inductivo, e introdujo innovaciones y nuevos estudios en los programas que ya consideraba anticuados.

La principal innovación fué suprimir las clases de filosofía, dejando únicamente una simple clase de lógica en los últimos años de humanidades. Esto, fácil es advertirlo, no es sino el resultado de sus ideas filosóficas positivistas. Para él la filosofía no era sino el estudio de la naturaleza y de la humanidad, la explicación de los fenómenos del universo, de modo de que estaba perfectamente convencido de que el progreso constante de las ciencias iba restringiendo incesantemente el campo de la filosofía. Estimaba seguro el triunfo de la ciencia, de modo que era sólo cuestión de paciencia para verla explicando todos los fenómenos del cosmos. Es decir, en esto como en todo, seguía pensando y procediendo como un perfecto positivista.

Uno de los nuevos estudios que introdujo en los cursos de humanidades fué la teoría de Darwin sobre el origen de las especies y del hombre, por selección natural, en la lucha por la vida.

Esto, que en su tiempo produjo alarma y que fué considerado por muchos como una medida de tendencia sectaria, era de necesidad y de urgencia evidentes. Barros Arana, lo repetimos, no era un propagandista antirreligioso —como lo creyeron tantos de sus adversarios— y si introdujo este estudio en el programa de humanidades fué por causa muy diversa, que procuraremos explicar.

La teoría de Darwin le cogió en un principio, pero luego le asaltaron fuertes dudas y si la puso entre los estudios secundarios, fué porque consideró que un bachiller no debía ignorar esa teoría que tanta influencia ha tenido y sigue teniendo en nuestro modo de pensar, esta teoría que de hecho se ha constituido en la doctrina central del pensamiento moderno. En muchas ocasiones le oí decir que hay obras científicas, y también literarias, que valen mucho más por la ebullición intelectual que provocan que por sí mismas; y que nadie podrá dudar de la enorme ebullición intelectual que ha producido en el mundo la obra de Darwin: *On the Origin of Species and Mankind, by natural Selection in the Struggle for Life*. Creía que era posible que ningún otro libro hubiese producido ja-

más una actividad intelectual mayor, tanto entre sus entusiastas admiradores como en sus tenaces impugnadores. Por eso incluyó esta teoría entre los estudios de humanidades, no, como creen algunos, por representar la verdad absoluta; la hizo enseñar como una simple teoría, que cada cual puede aceptar o no aceptar, pero que ninguna persona de mediana cultura puede ignorar. El no la tuvo como la expresión de la verdad, aunque la consideraba como “la teoría más luminosa en el dominio de las ciencias naturales y que tiende día a día a ser la única doctrina realmente científica sobre el origen de los seres”. Pero, asimismo, en muchas ocasiones le oí exponer objeciones fuertes que recuerdo muy bien porque en aquellos años, recién salido del colegio entusiasmado con la teoría darwiniana, me sonaban a herejía; y también recordar los estudios de M. Gay sobre los *liguanos* que son un obstáculo muy serio para esta teoría. Como es sabido se llama, acá en Chile, *liguanos* al producto híbrido del carnero y cabra o de oveja y cabro. Este híbrido —que no es infecundo— vuelve al cabo de tres o cuatro generaciones, a una de las dos especies cruzadas. Se comprende, pues, que tan curioso fenómeno sea un fuerte obstáculo para la teoría darwiniana, que se basa en la creencia de que puede hacerse estable, permanente, cualquiera variación natural exigida por la lucha por la vida. Asimismo recordaba, en sus conversaciones sobre Darwin y su teoría, otras objeciones de grandes naturalistas alemanes de las que Philippi, convencido e irreductible sostenedor de la inmutabilidad de la especie, siempre le tenía al corriente.

No creyó que esta teoría fuese la expresión de la verdad; pero creía que tanto Darwin como Lamarck —más el primero que el segundo— estaban muy posiblemente sobre el camino que conduce a ella y que quizás sus continuadores, con mayores conocimientos y nuevos estudios, pudiesen llegar a encontrarla.

Hemos dicho que Barros Arana no fué nunca un propagandista antirreligioso, y, en verdad, no lo fué, porque creía con toda certeza que todas las religiones ya habían hecho su época, que eran sólo recuerdos del pasado; que la humanidad ya se había liberado de ellas —al menos parcialmente— por la ciencia; creía firmemente en la ley de los tres Estados de Comte y que ya lo más selecto de la humanidad había enterrado el período teológico o ficticio y

el período metafísico o abstracto y se encontraba en el científico o positivo. Esto era para él verdad innegable, de aquí que no se ocupara en combatir a las religiones; estimaba que, en breve plazo, se verá el triunfo completo de la ciencia, lo que será la fuente más segura para la felicidad y la moralidad máxima del hombre. Su última actuación pública en el Congreso General de Enseñanza deja ver muy claramente estas sus arraigadas ideas positivistas.

Fué éste un Congreso celebrado en Santiago en 1902, bajo los auspicios de la Universidad de Chile, que tuvo por Presidente Honorario a Barros Arana, pero que a pesar de todo esto careció de verdadera importancia; y que, generalmente, se le recuerda sólo por un incidente provocado por él.

Al tratarse de educación moral se dió lectura a una ponencia que establecía que la moral no tenía otro fundamento que la moral revelada. Parece que iba a ser aprobada cuando intervino, con toda violencia, para atajarla. Dijo, en medio de una grande exaltación, que "no podía tolerar que se sostuviese que para ser honrado era menester ser religioso" y agregó: "que la única moral aceptable, la única que puede formar hombres dignos... era la moral independiente" y concluyó declarando "que no tenía creencias religiosas".

Estas palabras tan precisas no necesitan comentario, todo el que las lea puede darse cuenta perfecta del pensamiento filosófico de Barros Arana, y tiene que llegar a la conclusión de que no creía en la religión católica en que había sido educado y por consiguiente que no creía en la existencia de una revelación sobre moral; que estimaba que la única moral aceptable era la moral independiente que profesaba ya por más de cuarenta años.

Pero si procuramos explicarnos la causa de su exaltación extraordinaria, podemos apreciar aún mejor sus ideas filosóficas. A nuestro juicio, él no podía consentir en que se aprobase semejante ponencia porque venía a poner de manifiesto ante el país entero que no había obtenido los frutos que

esperaba de su acción educadora. El, como lo hemos dicho, creía firmemente en la teoría de los tres Estados de Comte, y como todo reformador estimaba que el cambio estaba ya muy cercano, y ahora, si se aprobaba esa ponencia, quedaría de manifiesto que hasta los maestros estaban todavía afeerrados a la creencia medieval de que no hay otra moral que la revelada; que aún los encargados de expandir los conocimientos científicos permanecían en el estado teológico o ficticio. Esto tenía que causarle verdadera indignación.

La exaltación extraordinaria que parece que tuvo en esa ocasión muestra, a nuestro juicio, cuán arraigada estaba en él la filosofía positivista y, en especial, la teoría de los tres Estados.

"Prefiero cometer una injusticia, ha dicho Goethe, a soportar un desorden. Esa es mi naturaleza". Barros Arana prefirió provocar un desorden en pleno Congreso General de Enseñanza, a soportar una injusticia en contra del libre pensamiento. Esa era su naturaleza.

Esta fué su última actuación en público, pues la enfermedad de su sobrino Manuel Barros Borgoño, que comenzó en esos mismos días y que lo llevó a la tumba en breve plazo, y sus propios achaques, agravados por este dolor, le hicieron retirarse de toda actuación pública y dedicarse únicamente a obras literarias. Podemos, en consecuencia, decir que Barros Arana hasta el final de su laboriosa existencia sostuvo con energía la filosofía positivista y que, apoyado en esas convicciones, fué hasta el último instante el representante más autorizado en nuestra tierra del espíritu científico, del libre pensamiento, del racionalismo, del libre examen y de la moral independiente, el más genuino representante de su siglo, de ese maravilloso siglo XIX que él siempre estaba ensalzando por su audacia para removerlo todo —por grande y venerable que fuera—, por su amor por la libertad y por la ciencia, por sus esfuerzos por levantar la condición humana redimiendo al hombre por medio de la cultura intelectual.

